



Transversal José García Montalvo

Catedrático de
Economía (UPF)

Precisión económica



Hoy debería hablarles de la caída del PIB en Alemania e Inglaterra y el ruido de los tambores de recesión. Pero en lugar de eso creo que es más útil hablar de la fiabilidad y la precisión de las magnitudes económicas como el PIB, la deuda pública o la inflación. Con independencia de la bondad del PIB por habitante como medida del bienestar de un país, el cálculo de la suma de bienes y servicios producidos en una economía es una tarea compleja. Baste recordar que en países como Estados Unidos, con una larga tradición en el cálculo de magnitudes económicas, han tenido lugar episodios de grandes correcciones de los cálculos por *olvido* de sectores casi enteros (como parte del aeronáutico en los noventa). Además, en una economía cada vez más dominada por servicios y producción de intangibles (propiedad intelectual, etcétera) frente a la vieja economía de bienes y activos tangibles (infraestructura, equipo, etcétera), la medición es mucho más complicada. Y esto, sin entrar en los precios que agregan todos los productos y servicios producidos, de los que hablaremos más tarde. Por si esto fuera poco, a veces existen incentivos perversos para manipular las cifras macroeconómicas. Por ejemplo, China es capaz de movilizar varios millones de agentes para computar el censo económico visitando millones de empresas y tiendas. Sin embargo, los incentivos para progresar en el Partido Comunista empujan a los gobernantes locales y regionales a exagerar el crecimiento. Un estudio reciente muestra que entre el 2008 y el 2016 el crecimiento del PIB de China fue cada año dos puntos porcentuales inferior al oficial. Esto significa que el tamaño de la economía china en el 2016 estaría sobre-

valorada en un 16%, ¡más que el PIB español!

Otro caso bien conocido de incentivos perversos para manipular la contabilidad nacional es el acceso de Grecia a la Unión Europea. Para cumplir con las condiciones del pacto de estabilidad y crecimiento, Grecia utilizó contabilidad nacional *creativa* para reducir su déficit y su deuda a niveles aceptables. Más recientemente, el Gobierno de Mozambique confesó que acumulaba deuda *secretamente* por valor del 11% del PIB. ¿Quiénes eran los prestamistas que habían facilitado que se pudiera esconder? China y otros países emergentes. Ya existen algunas propuestas para evitar estos incentivos, como que dicha deuda sea calificada de *odiosa* (propuesta similar a la deuda acumulada por gobiernos ilegítimos o dictaduras) y no haya forma legal de forzar su devolución, pero todavía no ha prosperado ninguna medida específica.

Y llegamos a la inflación. A mitad de los noventa, la llamada comisión Boskin determinó que las estadísticas oficiales de Estados Unidos estaban sobrevalorando la inflación en 1,3 puntos porcentuales antes de 1996. Esto significaba que se pagaban pensiones por encima de lo que se debía, y que el déficit y la deuda eran muy superiores a los datos oficiales. Esta sobrevaloración tenía varias justificaciones, pero las más importantes eran tres: no se tenían en cuenta los precios descontados de los *outlets*; no se medía correctamente la mejora de la calidad de los productos (por ejemplo, más eficientes energéticamente, con más capacidad, etcétera) y existía un sesgo asociado a la no consideración de los nuevos productos (que normalmente eran más baratos, pero no se incluían en la cesta utilizada para calcular la inflación). Una forma poco convencional de resolver los problemas de rápida inflación es dejar de

publicar las estadísticas de inflación (como en Venezuela) o forzar a los organismos oficiales a reportar un nivel inferior al verdadero (como en la Argentina de los Kirchner). Por suerte, usando técnicas para *big data*, el proyecto del Billón de Precios pudo estimar la inflación real argentina a partir de los precios de las tiendas en internet.

En la actualidad, el problema de la medición de la inflación es el contrario: se puede estar produciendo una infravaloración que justificaría los bajos niveles de crecimiento de los precios observados en la mayoría de los países, a pesar de tener niveles de desempleo también muy bajos. Una investigación reciente muestra como los tubos de pasta de dientes de siempre son más pequeños, los rollos de papel estándar son más finos, muchos productos son de menor calidad y por tanto con mayor obsolescencia programada, etcétera. Las empresas diseñan productos para que valgan 9,99 o 11,99 y no al revés (es decir, primero producir y luego poner un precio a lo producido). De nuevo las estadísticas económicas serían incapaces de tener en cuenta el cambio en la calidad/cantidad de los productos, que seguirían valiendo lo que otros productos mejores (o con más contenido) valían en el pasado.

Sorprende que ante esta situación la mayor parte de la economía académica siga construyendo modelos macroeconómicos cada vez más complejos, y técnicas estadísticas muy sofisticadas, para interpretar datos que cada vez tienen mayores errores de medida. Y esto, sin entrar en la dificultad de las comparaciones entre países que tienen diferencias metodológicas sustanciales. El análisis comparativo de la dinámica de los precios de la vivienda entre países sería un caso exagerado de esta situación. También es sorprendente la sobreinterpretación que muchos analistas hacen de pequeños cambios en el crecimiento del PIB o las proyecciones con dos dígitos decimales. La utilización extensiva de datos masivos no convencionales y técnicas de *machine learning* podrían ayudar a mejorar las estadísticas económicas, aunque no se puede exagerar su potencialidad, como cualquiera que hay intentado utilizar Twitter para hacer predicciones electorales puede testificar: por muy inteligente que sea un algoritmo si los datos que se introducen son basura, los resultados obtenidos también serán basura. |



**Fiabilidad
Por muy
inteligente
que sea un
algoritmo, si
los datos que
se introducen
son basura,
los resultados
también lo serán**